



## «El Guante de Hierro»

Alejandro Castillo vuelve a incursionar en la experiencia teatral intimista, donde los sueños y los miedos se apoderan del relato, creando un espacio de privacidad pocas veces logrado desde la ficción del drama.

Retomando la línea de dirección trabajada en «El mal de la muerte» de Marguerite Duras (1988) y en «El marinero» de Fernando Pessoa (1990), ahora es el texto de Jorge Díaz, «El guante de hierro», el punto de partida para recrear la figura histórica de doña Inés de Suárez, desde una perspectiva individual que se concentra en su relación con Pedro de Valdivia, conquistador y fundador de Santiago.

Jorge Díaz se interesó por el destino de una mujer que demostró la valentía y la decisión necesarias como para acompañar a un ejército de 190 hombres que venían a los confines del mundo; una extremeña que tuvo la osadía de venir a América en busca de su marido y que terminó en la arriesgada aventura de la conquista y fundación de Santiago, luego de conocer a Pedro Valdivia en Venezuela. A pesar del enorme interés que ofrece este marco histórico, la intención de Jorge Díaz ha sido la de una evocación ceremonial y poética de la relación de Inés de Suárez y Pedro de Valdivia.

De este modo, parece ser que una vez que se conocen ciertos episodios, emergen otras realidades y para ello, el autor de «El guante de hierro» ha detenido la historia en el momento previo al casamiento de Inés de Suárez con el lugarteniente de Valdivia, don Rodrigo de Quiroga. Ello significa que el gobernador de Santiago debió obedecer los dictámenes de la Inquisición y separarse de Inés, casándola con Quiroga.

Conocemos lo ocurrido —casi exclusivamente— desde la voz de Inés, a la manera de un monólogo, forma inicial de este texto, que la dirección retoma en parte notoria, para su montaje. Desde ese punto surge la profunda soledad de una mujer que se había entregado enteramente a una aventura compartida, pero donde queda manifiesta, la claridad de la opción que uno y otro hacen ante las circunstancias. Jorge Díaz reafirma una femineidad esencial, con todo lo que ello significa y explora ese mundo regido por cánones que difieren de la norma, sacando a la luz una zona personal e íntima que conmueve y perturba a la vez.

Alejandro Castillo demuestra saber cómo configurar este mundo sobre el escenario, algo que logra a

través de pocos elementos usados con extrema eficacia, junto a una actuación sólida y elaborada. Caracterizan este tipo de montajes, la austeridad como principio básico, por lo que no llama la atención que el director haya simplificado muchas de las proposiciones escenográficas del propio Jorge Díaz para esta obra.

En este sentido también el diseño del espacio y la luz han sido trabajo del director. Las paredes de la sala se han visualizado como los límites del confinamiento psicológico que la penumbra producida por un cirio apoya plenamente y una parte central del ambiente evocado, lo constituye un camastro de hierro de líneas simples, lugar de entrecruzamiento de voces, impulsos, sueños y realidad. Por su parte, el trabajo de iluminación contribuye con delicadeza a matizar la situación básica de la obra y a marcar sus distintas fases.

La dirección ha orientado a los actores en un trabajo intenso que logra transmitir el tono onírico de la pieza y envolver al espectador, al punto de ponerlo en una actitud similar. El uso de la voz resulta especialmente notable, puesto que se mantiene en un nivel que casi no traspasa el susurro, coordinado en un ritmo sostenido.

La actuación de Gabriela Hernández como Inés de Suárez es de un equilibrio impecable en el manejo de la voz, gestualidad, intenciones y sugerencias. Tanto su debilidad como fuerza interior se hacen presente en un personaje que muestra una faz desconocida. Francisco Reyes como Pedro de Valdivia y Alvaro Rudolphy en el papel de Rodrigo de Quiroga, adhieren con finura a la intimidación de la propuesta y afianzan el conflicto interno de Inés de Suárez al crear una ambigüedad formal en torno a los dos hombres que esa noche la atormentan.

Cabe destacar el vestuario diseñado por Concepción Balmes que realza momentos claves de esta vigilia femenina e identifica los diferentes tipos, jerarquías y actitudes. Los colores y la simplicidad de las líneas tienden a acentuar el ambiente sobrio, dentro de una acertada distinción.

Si para Jorge Díaz el teatro es "rito, contemplación, catarsis... enfrentamiento con lo inexpresable", esta puesta en escena de «El guante de hierro» dirigida por Alejandro Castillo y protagonizada por quien él habría escogido antes de escribir la obra, cumple cabalmente con esos postulados.